

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO DIRIGIDO POR

DON CARLOS FRONTAURA

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA.

Si cuando este número llegue á manos de mis lectores no ha caído el nuevo ministerio, al que hizo *transferencia* de su politiquilla el de Sagasta, que cayó el otro día, será milagro patente.

Ya sabrán Vds. el escándalo que hubo en las Cortes con motivo del *convenio* hecho por Serrano con la *diputación á guerra* carlista, que ha resultado *diputación á paz*, y no podrá menos de haberles asombrado que el gobiernillo, continuacion de Sagasta, no se apresurase á defender á su presidente, que era el mismísimo Serrano.

No sólo no le defendió, sino que bien claro dió á entender que no le queria defender.

Cosas como estas sólo se ven en la pobre España con honra.

Serrano, *agradecido* á las buenos oficios de sus compañeros, envió su dimision de presidente del gobierno y de general en jefe del ejército, y á estas horas ya debe estar en Madrid, reflexionando lo mal que hizo en meterse en el embrollo del motín de Setiembre, uniéndose á progresistas, demócratas y demas politiquillos de mogollon.

Yo me alegro de lo que le ha sucedido, á ver si el hombre se desengaña.

De los arrepentidos es el reino de los cielos.

¿Quieren Vds., con franqueza, que les diga lo que me parece el convenio de Amorevieta?

Pues, á pesar del alboroto que se ha movido y de las vociferaciones de los guerreros de café y casino, que quieran *guerra á todo trance*, como que ellos no han de ir á pelear, no me parece del todo mal.

¿Qué se dice en ese documento?

Que los carlistas entregarán las armas y serán indultados. ¿Y qué? ¿Se queria fusilarlos á todos?...

Como yo no quiero que haya guerra ni que se fusile á nadie, me parece muy bien que los unos entreguen los

avíos de matar, y que los otros los dejen luego ir en paz á sus casas.

Lo del indulto á los desertores del ejército es más grave, pero no lo es ahora tampoco; porque, como hay la pícara casualidad de que los generalitos y otros jefes se han sublevado cien veces, y otras tantas hubieran sido fusilados, si la ordenanza se hubiese aplicado, no es ninguna cosa del otro jueves que se ofrezca indulto ahora á los pocos que han podido pasarse á los carlistas.

Dicen los guerreros de café y Carrera de San Jerónimo que ese convenio empaña el honor de España. ¿Qué ha de empañar? Eso fuera bueno si la guerra fuese con un ejército extranjero, pero con un partido español es muy distinto; y lo que empañará el honor de España, harto empañado ya por los revolucionarios y sus malos detestables gobiernos, será la prolongacion de la guerra civil. Esa sí que seria mancha, y baldon, y luto, y desolacion.

Así, pues, como yo no soy político, ni quiero desprestigiar á nadie, ni entro ni salgo en las miserables intriguillas de los que tienen la política por oficio, no puedo tomar parte en el coro de censuras dirigidas al general en jefe por el llamado convenio de Amorevieta.

¡Y ojalá los carlistas cedan en su empeño y se retiren á sus casas á trabajar, y comprendan que es un gran error ir á matarse para servir de escalera á unos cuantos políticos de brocha gorda!

La patria necesita esas vidas que van á exponer mal aconsejados, las necesita para el desarrollo de su prosperidad.

Tenga cada cual las ideas que mejores le parezcan, y procure su triunfo; pero pacíficamente, con la perseverancia y la fe, y por los medios lícitos.

Bastante sangre ha corrido ya estérilmente en esta desdichada nacion, juguete siempre de ambiciosos y charlatanes de todos colores y colorines.

¡La guerra civil!

Veán Vds. un triste y verdadero episodio de la guer

ra actual; una señora del mayor respeto, residente en Pamplona, me lo refiere en carta que acabo de recibir.

Un maestro de escuela de un punto próximo á Pamplona, aconsejado por los promovedores de la guerra, abandonó su escuela, y con su hijo, el caballo de su propiedad y cuarenta onzas ahorradas á fuerza de trabajos y privaciones, se fué á la faccion.

Ahora ha vuelto á su casa, enfermo, destrozado, en mangas de camisa, sin su hijo, herido en Oroquieta y muerto á consecuencia de sus heridas, sin el caballo, que perdió en la refriega, y sin sus ahorros, perdidos tambien con el caballo.

Con el alma hecha pedazos por la muerte del hijo querido, volvía el infeliz maestro á seguir trabajando, á hallar en el cariño de los niños de su escuela una compensacion á sus grandes infortunios, y ni este consuelo le ha sido otorgado. Su plaza estaba ya provista.

Este es un hecho auténtico desgraciadamente. ¡Qué responsabilidad tan grande ante Dios la de los que han inducido á ese desventurado padre á tomar parte en la guerra civil!

Como este número se reparte el viernes en Madrid, escuso decir que escribo ántes de saber lo ocurrido en la sesion de este día, y que no sé lo que el gobierno hará en la cuestion del convenio.

Pero haga lo que quiera ahora, la verdad es que el miércoles hizo muy mal en desautorizar con su significativo silencio á su presidente y general en jefe del ejército.

Pero estamos bajo el dominio de los revolucionarios setembrinos, y no hay que extrañar nada. Lo mismo saben de gobernar el país que yo de pescar calamares.

Por lo demas, á mí no me pesa que la revolucion vaya gastando á todos sus hombres.

Así se convencerá el país de que la *santa* revolucion, como la llama Romero Ortiz, es únicamente una merienda de negros.

CARTAS Á VARIOS PRÍNCIPES CRISTIANOS.

LA SEGUNDA AL SR. REY DON AMADEO.

Señor:

Quisiera que esta mi carta llegara á manos de V. M. sin que los consejeros que rodean siempre á los príncipes la secuestraran, desde la redaccion de EL CASCABEL hasta el palacio de Oriente, que abrió á V. M. la voluntad del general Prim (q. e. p. d.)

Y digo esto, porque tengo el compromiso de dirigir una carta á V. M., haciendo uso de los derechos individuales, anteriores y superiores, inalienables é imprescriptibles, indiscutibles y hasta inaguantables que sancionaron bastantes más diputados de los que elevaron á V. M. al trono, y no es cosa de que yo me quede con mi carta escrita y V. M. sin leerla.

Tambien quisiera que fuese bastante discreta, como e

bien intencionada, para que de su lectura pudiera resultar á V. M., si no enseñanza útil, grato entretenimiento, que le hiciera olvidar algunos instantes los afanes de que se encuentra rodeado, por obra y gracia de los politiquillos, que han de hacer aborrecer á V. M. la dignidad altísima que le confirieron, llevados de fines particulares y del afan de la realizacion de ambiciosas miras.

De todas maneras, ya lleguen ó no á poder de V. M. estos renglones; ya sean gratos ó ingratos, yo cumplo escribiéndolos, bajo la influencia de mi buen deseo, sin que el desacato los inspire, ni la adulacion guie mi pluma.

Las pocas veces que he visto á V. M. en la calle, he notado en su rostro que debe ser poco amigo de bromas, y esto me impone la obligacion de escribirle en serio, ya que tan serias son, por otra parte, las cosas que he de decirle, y no he de callar por empacho, á riesgo de que se me pudran en el cuerpo.

Vino V. M. á España, llamado, á lo que le dijeron, por la voluntad nacional, y vino con el buen deseo de hacer nuestra dicha á costa de su propio sacrificio.

Hipócritas y aduladores le cercaron en Italia, hipócritas y aduladores le rodean en España desde que puso el pié en sus costas y ciñó á su frente la corona de esta nacion hidalga, que nunca tuvo enemigos más formidables que algunos de sus propios hijos.

No sé si habrá llegado á oídos de V. M. la frase que en más de una ocasion pronunciaron los defensores de su candidatura, para justificar su eleccion: decian con una irreverencia, que condeno con todas mis fuerzas, que querian para España *la menor cantidad posible de Rey*: es decir, que su misma defensa era injuriosa para V. M.

Lo que sí supongo que le será ya conocido, es el estado de los partidos políticos en España al tiempo de su elevacion al trono.

Hecha una revolucion contra un ministerio, por el partido de la Union Liberal, aprovecharon de ella los demócratas y progresistas para convertirla en anti-dinástica. Abandonada la augusta señora que ocupaba el trono por los que mayores beneficios la debian, hubo un momento en que no tuvo más defensores á su lado que unos cuantos soldados que montaban la guardia en su residencia. Madre á la vez que reina, vió comprometida acaso la misma vida de sus tiernos hijos, y abandonó el suelo de España, con llanto en los ojos, pero sin odio en el corazon. No extrañe V. M. este lenguaje en mí: cuando los hombres importantes se han complacido en injuriar en pleno Parlamento á una señora, faltando á los deberes de la más vulgar cortesía, justo es que no falte la voz desautorizada, pero sincera, de un periodista oscuro, que rinda tributo á la verdad.

El triunfo de la revolucion fué completo, pero mesurado, digámoslo tambien en honra del pueblo español. Sólo unos cuantos ambiciosos vieron llegada la ocasion oportuna de hacerse hombres, y se repartieron destinos y honores con la misma profusion que los muchachos se reparten pescozones en los bateos. Llevados de una emulacion digna de mejor causa, unos derribaron iglesias, otros crearon destinos; unos gritaron hasta ponerse ron-

cos, otros se instalaron en los ministerios; unos limitaron sus aspiraciones á cargar con un fusil, otros cargaron con cosas que no eran por cierto fusiles. Reuniéronse despues Córtes Constituyentes y formaron una Constitucion, de la que no me permitiré hablar una sola palabra; tanto por las muchas inútiles que se dijeron durante su elaboracion, como por mi respeto á la ley. Ignoro los artículos de la misma; pero como pasan de 34, forzosa-mente debia tener art. 33, y como el art. 33 consagraba la forma monárquica, de aquí los apuros para cumplir lo que en el mismo se preceptuaba. Pero los hombres que habian hecho la revolucion no se apuraban por tan poco, y despues de numerosos aplazamientos y de una regencia innecesaria, resolvieron elegir rey.

Permitame V. M. que me lamente del espectáculo que dieron entónces al mundo nuestros gobernantes: la corona de España, objeto un dia de envidioso asombro para todas las naciones, fué ofrecida como mercancía de desecho á todos los príncipes de Europa, y llegó á ser causa de una de las guerras más desastrosas que registra la historia. Indicóse, por último, la candidatura de V. M., que triunfó por 191 votos que le dieron los progresistas y demócratas, y pocos, muy pocos unionistas: los demas partidos políticos votaron noblemente en contra de V. M. El hombre que mayor empeño habia mostrado por que recayese la eleccion en V. M., moria asesinado pocos dias despues, y al penetrar V. M. en España, encontraba su cadáver, como testimonio elocuente de lo encarnizado de nuestras luchas, y era acogido con notoria frialdad por la mayoría del pueblo español. V. M. no tenia, pues, más defensores y entusiastas que los radicaes, ni más cortesanos que algunos unionistas.

Desde entónces hasta hoy, V. M. debe saber, mejor

que yo, todo cuanto ha ocurrido. Los partidos que le eran hostiles continúan siéndolo; sus más entusiastas defensores le han vuelto la espalda, y hoy apoyan á V. M. los mismos que combatieron su candidatura; los mismos que contribuyeron, bien á su pesar, á que la actual Constitucion fuera la más democrática de Europa; los mismos que, debiendo á la reina Isabel favores y mercedes sin cuento, hicieron despues lo que nunca es para hecho.

El pueblo, que no habia elegido á V. M. y que le habia acogido con fria reserva, ha sabido hacer justicia á todos. Ha visto en V. M. á un príncipe prudente, digno de las mayores venturas, ha apreciado los nobles rasgos de su carácter; pero no olvida, no puede olvidar que V. M. fué impuesto por el capricho de unos cuantos diputados; no olvida que V. M. es extranjero, ni que los príncipes de la dinastía derrocada fueron objeto de una injusticia, cometida durante el periodo revolucionario. En esto me refiero al pueblo sensato y partidario de la monarquía constitucional, pues hartó ha podido apreciar V. M. los medios que carlistas y republicanos pretenden emplear para el triunfo de sus causas.

La lucha de los partidos es constante y progresiva, sin que baste el constitucionalismo de V. M. para evitarla ni disminuirla; unos y otros tienen por lema en sus banderas el triunfo á todo trance; unos y otros, cegados por la pasion, serian capaces de derribar lo que ayer edificaron, con tal de lograr una momentánea victoria, como han sido ya capaces de desprestigiar lo que ensalzaron ayer.

Llegará dia en que, roto todo freno y olvidado todo respeto, acentúen su oposicion á V. M. hasta el punto de convertirse en rebeldes; y entónces, entónces V. M. tendrá que ejercitar el derecho de la propia defensa, y que-

—¡Pero vuestros padres, vuestro hermano, verán desde el cielo lo que no vean los hombres!

—¿Qué quereis decir?

—Que vos no podeis permanecer en esta casa.

—¿Qué decis? ¡Dar yo que decir al mundo!... El amor os hace olvidaros de todo, añadió triste y solemnemente Claudia.

—No, no podeis permanecer en esta casa, dijo Francisco, el corazon me dice que si permanecéis en ella os va á acontecer algo que será irremediable.

—¿Y qué puede acontecerme?... ¡Es verdad... si... yo me he negado enérgicamente á todo: he dicho á mi infame tio que prefiero morir de mil muertes ántes que!

—¿Antes qué...?

—Antes que unirme á otro que á vos.

—¡Ah, quicre casaros!

—Sí.

—¡Quería casaros! repitió con acento terrible Francisco Estévan.

—Sí, con un hombre odioso.

—¡No os casareis, vive Dios, no os casareis! exclamó Francisco Estévan.

Y luego añadió:

—¿Dónde está ese hombre?

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

Francisco rodeó un brazo á la espalda de Claudia, la atrajo á sí y la estrechó contra su pecho sollozando.

Claudia se estremeció, pero no pretendió desasirse.

Francisco Estévan, el bravo Francisco Estévan, sollozaba como una mujer.

—¡Dejadme, dejadme! dijo Claudia: ¡yo estoy loca, loca... porque os amo... os lo he confesado porque nada recelo de vos... porque vos me adivinareis, ¡no es verdad? porque vos sabéis que ántes de manchar la honra de mis padres, me dejaria quemar á fuego lento!

dará roto para siempre el pacto de mutuo respeto entre las dos soberanías...

A contribuir á que no llegue esa ocasion deben tender los esfuerzos de todos los hombres honrados: V. M., que ántes que rey de España es honrado y caballero, puede evitar mayores desgracias á esta nacion generosa y desgraciada, alejar de ella dias de llanto y luto, y fijar una página brillante en el libro de la historia.

«Su reinado, diria con severa concision y justicia, fué muy breve; pero tuvo un fin digno de la entereza de su carácter y de la nobleza de su raza. Superior á los hombres que le habian elegido, superior á todos los partidos políticos, buscó en la vida privada la venturosa felicidad que le habia negado el trono, y renunció gustoso á la regia dignidad, que tanto podia satisfacer su juvenil orgullo; venció á sus enemigos con su bondad y sus beneficios, y logró la mayor victoria que puede lograrse en lo humano, venciendo á sí propio.»

De V. M. respetuoso servidor,

EL CASCABEL.

EL PUEBLO SOBERANO.

«Cuydan algunos, dice el Rey Sábio, quel pueblo es llamado la gente menuda, assi como menestrales e labradores; e esto non es ansi... Pueblo llaman el ayuntamiento de todos los omes comunamente, de los mayores, e de los medianos e de los menores. Ca todos son menester, e non se pueden excusar, porque se han de ayudar unos á otros, porque puedan bien vivir, e ser guardados é mantenidos.» (Ley I, tit.º X, Part. 2.º)

—En esta casa.

—¿En esta casa?

—Sí; ha llegado esta mañana.

—¿Quién es ese hombre?

—El conde de Tres-Pozos.

—¡Ah! ¿el de Murcia?

—Sí.

—Un noble arruinado; un miserable que os busca sin duda porque sois rica, y desgraciadamente marquesa y grande de España por la muerte de vuestro hermano.

Decidme, señora, decidme: ¿vivía con vos y con vuestro hermano en la quinta de los Azahares el marqués de Castro-Ponce?

—No; iba á vernos de dia, no siempre: nos habia llamado de Nápoles, donde tenemos nuestros estados, ó donde los tengo yo, á pretexto de que queria acabar su vida á nuestro lado.

—Pero ¿no decia ese hombre que no tenia parientes?

—Nosotros lo somos muy lejanos, parientes al fin los únicos, y por consecuencia, sus herederos; yo me negaba á venir, porque el corazon me decia que en España debia acontecerme una horrible desgracia, pero mi hermano me decia: «Hemos de heredarle, y debemos ser condescendientes...» Vinimos al fin; ¡ojalá nunca hubié-

En la España de ahora todavía es general la equivocada apreciacion que combate D. Alonso X.

Pueblo se llama por casi todos al ayuntamiento ó sea á la reunion de los menores; precisamente á lo mismo que en Roma se llamaba plebe.

Para pertenecer al pueblo es preciso no gastar levita, es cualidad indispensable no haberse rodeado nunca al cuello una corbata.

Y merece observarse que son la blusa y la chaqueta hasta tal punto distintivos del pueblo, que cuando alguno, por buenos ó por malos medios, se alarga la chaqueta, añadiéndola faldones de levita ó de frac, ese deja de pertenecer á la clase del pueblo. Al despedirle éste de su seno, le demuestra un odio inextinguible; odio ó rencor que, por más que se envuelva en la bandera del patriotismo, ó en el manto de la dignidad personal, siempre deja ver el acta de nacimiento por la cual se acredita de hijo legítimo de la envidia. Ese mismo odio separa á los menores de los medianos y de los mayores, y ese odio, nacido de la envidia y explotado por los ambiciosos, produce todos los males políticos y sociales, más desastrosos en España que en otras naciones, por lo mismo que es más pobre que ninguna en industria y en comercio.

En cuanto á ayudarse unos á otros, ya varía la cuestion: no pocos sujetos de levita se hacen ayudar por los de chaqueta para llegar á poder bien vivir y á ser guardados y mantenidos.

Aquella multitud de personas que, por falta de talento ó de fortuna, no pueden salir de la clase ínfima, quieren que la clase ínfima sea la que mande; es decir, que se convierta en clase superior; porque elevada la clase entera, claro está que el individuo, que solo no puede subir, subirá mezclado entre los otros y arrastrado por ellos.

ramos venido! El marqués nos llevó á la quinta de los Azahares, y nos dijo: «Mi casa es muy triste; aquí viviréis mejor: yo viviré en mi casa, porque estoy acostumbrado á ella.»

—¿Pero no vivía en la quinta? dijo profundamente Francisco Estévan.

—No.

—Pues bien, exclamó el jóven: ya no tengo duda; el marqués ha llamado á Benabarre, que es un miserable, el marqués tiene sin duda contra vosotros un odio á muerte... ¡Ah, sí, sí!... Hay en España, en la costa, renegados que están en connivencia con los piratas berberiscos... ¡Sin duda, sí, el marqués se ha valido de uno de esos hombres! Pues bien, el marqués está bajo mi venganza; el marqués ha causado la muerte de mi padre, yo lo sabré: yo se lo probaré al marqués... Es difícil... no importa... yo encontraré el medio... No ha sido Benabarre el que ha matado á mi padre, no; ha sido el marqués que lo ha llamado.

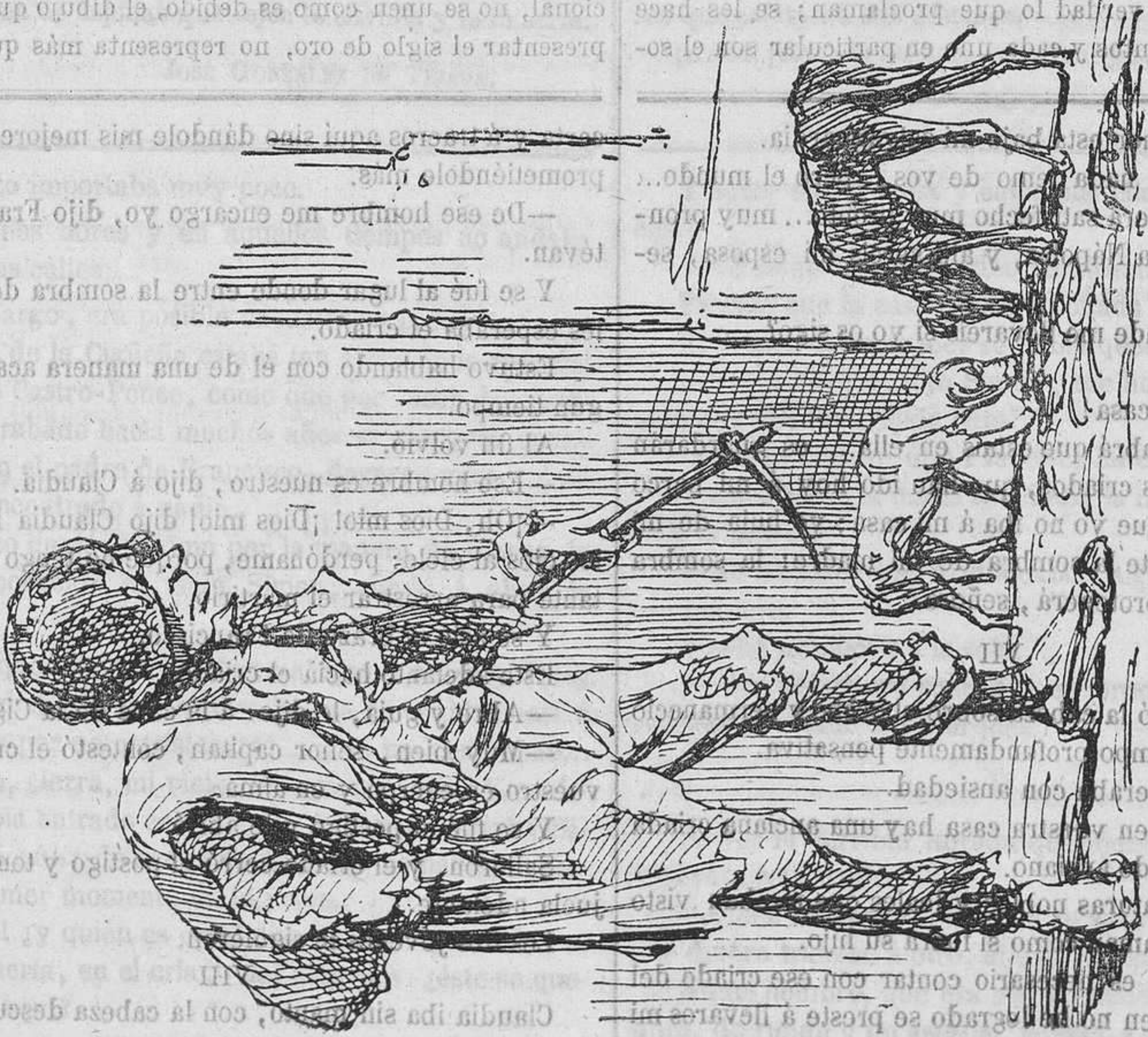
—¿Pero qué motivo de odio puede tener el marqués contra nosotros? exclamó Claudia.

—No lo sé; pero lo adivino... Creedme, señora, vos no podeis permanecer ni un momento más en esta casa.

—¡Oh, por Dios! ¡Mi honor!



Una limosna á este pobre maestro de escuela.
 Mire V. cómo me ha puesto la revolución que llama *santa* el Sr. Romero Ortiz.



Pues, señor, á ver si me encuentro el expediente de los dos millones.
 Cosag así sólo deben hallarse donde yo busco las cosas.

Ignorante, toroz en sus venganzas, desconfiando siem-
 pre de todo y dejándose llevar, sin embargo, detrás del
 que más chita en las plazas, se presenta de ordina-
 rio la plebe y los mismos castros para el gobierno en
 que ella promina ó que vive para ella. No tener finas
 no tener finas para estarla. Su término es el que
 pasajer, que puede haberse en el mundo, pero
 obedecerá por nadie y mandará por todos.
 obediendo los que mandan y desobediendo los que
 dan á amigos y á adversarios.
 El gobierno en que se llama por el pueblo, no es
 que lo que se llama por el pueblo, no es el gobierno
 quiera lo que el pueblo quiere. El gobierno que se
 venido al mundo para mandar y no para obedecer.
 para en el mundo. El gobierno que se llama por el
 ta cuando mandan y no cuando obedecen. El go-
 tridica; pero cuando se llama por el pueblo, no es
 retirar, y se quedan en el mundo, no es el gobierno
 que son los intereses. El gobierno que se llama por
 las turbas se ordenan, no son las que mandan, no:
 en lo que se llama por el pueblo, no es el gobierno
 que se llama por el pueblo, no es el gobierno que
 cho, ya desobediendo. El gobierno que se llama por
 permita su nombre. El gobierno que se llama por
 estaba.
 Estos castros, que se llama por el pueblo, no es
 todo cuanto se llama por el pueblo, no es el go-
 vierten en el mundo. El gobierno que se llama por
 de su tiránico gobierno, y basta en vergüenza que ejecute los
 apliques que su capricho decrete. Con enseñar á las tur-
 bas que griten á menudo «viva el pueblo soberano», se les
 hace creer que es verdad lo que proclaman; se les hace
 creer que todos juntos, y en particular son el so-
 —Vuestro honor, señor, de vos el mundo...
 —Ya lo sé...
 —El mundo se divide en dos partes... muy bon-
 to partimiento para mí. Y yo soy de la parte de los
 hora.
 —Pero donde me partan yo soy de la parte de los
 —A mí me da igual.
 —La vida es una cosa que se va pasando y no se
 —Si, señor, se sabe que se va pasando y no se
 mis fieles ojos criados en el mundo, yo no he visto
 ansiosos ver que yo no he visto en el mundo, yo no
 casa: en el mundo existe una cosa que yo no he visto
 de mi madre, pero yo no he visto en el mundo, yo no
 Claudia, señor, á ver si me encuentro el expediente de los dos millones.
 —Bueno, pero esto es un mundo, con la cabeza descubierta á
 nacer y morir en él, como si fuera un mundo.
 —Si, señor, se sabe que se va pasando y no se
 vuestra y criados en el mundo, yo no he visto en el mundo, yo no
 —Decidme en vuestro casa hay una cosa que yo no he visto
 —Francisco esperaba con ansiedad.
 durante el tiempo que yo estaba en el mundo, yo no he visto
 Claudia, señor, á ver si me encuentro el expediente de los dos millones.

Ignorante, feroz en sus venganzas, desconfiando siempre de todo, y dejándose llevar, sin embargo, detrás de que más chilla en las plazuelas, tal se presenta de ordinario la plebe, y los mismos caracteres toma el gobierno en que ella predomina ó que vive halagándola, por miedo de no tener fuerzas para sujetarla. Su dominacion es siempre pasajera, porque donde mandan muchos difícil es que se obedezca por nadie, y ménos aún si dieron el ejemplo desobedeciendo á los que mandaban para llegar ellos á mandar á amigos y á adversarios.

El gobierno en que la plebe predomina he dicho, porque lo que hoy se llama pueblo nunca es gobierno; ni siquiera lo es en los momentos de un motin. La plebe ha venido al mundo para hacer el mismo papel que los comparsas en el teatro. Sale en tropel cuando hace falta, grita cuando se lo mandan, y dispara tiros si la funcion es patriótica; pero pasada la situacion de efecto, se le manda retirar, y sólo quedan en escena los actores principales, que son los que interesan. En esos dias terribles en que las turbas se desbordan, no son ellas las que mandan, no: en lo que ejecutan obedecen los mandatos de un caudillo que se improvisa, ya saliendo de lo más ínfimo del populacho, ya descendiendo hasta él para tomar impulso que le permita subir de nuevo á mayor altura de aquella en que estaba.

Estos caudillos, tomando el nombre del pueblo para todo cuanto hacen, le mandan despóticamente y le convierten en corte suya, en guardia de su persona, en policía de su tiránico gobierno, y hasta en verdugo que ejecute los suplicios que su capricho decreta. Con enseñar á las turbas que griten á menudo «¡viva el pueblo soberano!» se les hace creer que es verdad lo que proclaman; se les hace creer que todos juntos y cada uno en particular son el so-

—Vuestro honor está bajo mi salvaguardia.

—Ya lo sé... nada temo de vos... pero el mundo...

—El mundo será satisfecho muy pronto... muy pronto partiremos para Nápoles, y allí sereis mi esposa, señora.

—¿Pero á donde me llevareis si yo os sigo?

—A mi casa.

—¡A vuestra casa!

—Sí, nadie sabrá que estais en ella... os guardarán mis fieles y viejos criados, que han ido hoy á mi barco ansiosos viendo que yo no iba á mi casa; yo huia de mi casa: en ella existe la sombra de mi madre: la sombra de mi madre os protegerá, señora.

VII

Claudia inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció durante algun tiempo profundamente pensativa.

Francisco esperaba con ansiedad.

—¿Decís que en vuestra casa hay una anciana criada vuestra y un criado anciano.

—Sí, dos criaturas nobles y leales que me han visto nacer y que me aman como si fuera su hijo.

—Bien, pero es necesario contar con ese criado del marqués, de quien no he logrado se preste á llevaros mi

berano, el rey absoluto de aquella nacion. En el concepto de los descamisados, esa coleccion de reyes absolutos sin más ciencia que el sentido comun, que piensan tener; sin más ley que las pasiones, que ellos creen sentimientos de justicia, compone una monarquía democrática ó una república, cuya base es la libertad completa de cada uno para hacer cuanto se le antoje.

Esta es precisamente la forma de gobierno, el carácter social propio de todas las manadas de lobos, donde cada uno es dueño de sus acciones mientras no se lo impiden los colmillos de otro.

¡El pueblo soberano! ¡La soberanía nacional! hé aquí dos palabras tan hinchadas como todas las que inventan los revolucionarios, y tan vacías de sentido como todas las que les sirven para reunir en torno á los ilusos, que admiran aquellos globos de tafetan, huecos y estirados solamente mientras no los pincha el más pequeño alfiler.

La soberanía reside en la nacion, y de ella emanan todos los poderes. De modo que la nacion es soberana de sí misma, y en virtud de esa soberanía permite á la corona ejercer el poder ejecutivo, á las Cortes el legislativo, y á la magistratura el judicial. Ó lo que es lo mismo: cada individuo posee un trozo de soberanía de su nacion, que unido á los trozos que poseen los demas, en la forma que previenen las leyes, constituyen la soberanía completa.

La soberanía nacional, pues, es un rompe-cabezas ó juego de paciencia, compuesto de muchos millones de piezas. En logrando unir esas piezas de la manera oportuna, todos los poderes funcionan en paz, y la nacion es un trunfo perfecto del siglo de oro. Pero si los millones de piezas, ó sea de voluntades, que constituyen la soberanía nacional, no se unen como es debido, el dibujo que debia representar el siglo de oro, no representa más que una me-

carta y á traeros aquí sino dándole mis mejores aihajas y prometiéndole más.

—De ese hombre me encargo yo, dijo Francisco Estévan.

Y se fué al lugar donde entre la sombra de los árboles esperaba el criado.

Estuvo hablando con él de una manera acalorada algun tiempo.

Al fin volvió.

—Ese hombre es nuestro, dijo á Claudia.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! dijo Claudia levantando los ojos al cielo: perdóname, porque no tengo valor bastante para arrostrar el martirio.

Y se asió al brazo de Francisco.

Este adelantó hacia el criado.

—Abre y guia, le dijo: á la calle de la Cigüeña.

—Muy bien, señor capitan, contestó el criado: soy vuestro en cuerpo y en alma.

Y se fué al postigo y le abrió.

Salieron, y el criado cerró el postigo y tomó la callejuela adelante.

Los dos jóvenes le siguieron.

VIII

Claudia iba sin manto, con la cabeza descubierta.

rienda de negros. Y téngase en cuenta que al gritar *viva la soberanía nacional!* no piensa el que lanza el grito ser una de las voluntades componentes de la tal soberanía nacional; no: lo que piensa y lo que desea es ejercerla él á su capricho; ser un déspota, sin conocerlo; mandar en todos, y que nadie le haga obedecer nada. Esto es lo que se entiende muy á menudo por soberanía nacional: el depotismo de cualquiera, de cada uno ó de todos juntos, que mantiene la lucha constante entre el gobierno y los gobernados, lucha que produce la extralimitación en aquel de sus facultades para hacerse respetar, y la constante insubordinación de estos, que se creen con derecho á cumplir en todo sus caprichos.

Seguid, pues, conforme á las ideas modernas, haciendo entender á la gente menuda, que llamaba el rey Sabio, que ellos son el pueblo; no les digais que el pueblo es el *ayuntamiento* de los mayores, de los medianos é de los menores, y mucho ménos que todos son menester, y no se pueden excusar, porque se han de ayudar unos á otros, porque puedan bien vivir. En lugar de esto, vosotros los ambiciosos que aspirais á bien vivir, ofreced á la gente menuda, que en todas partes es el mayor numero y los más resueltos, que cuando vosotros esteis en el poder ellos serán los que manden.

Vereis qué ufanos os prestan sus espaldas y sus hombros para que os encaraméis sobre ellos, y vereis también cómo no escarmientan nunca y siguen encaramando á otros, cuando observen que el cetro que les ofrecisteis es de caña, mientras vosotros empuñais uno de oro, y que vosotros ceñis laureles á vuestra frente, mientras ciñe y desgarrá la suya la corona de espinas que tejen la envidia y la miseria.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Pero esto importaba muy poco.

A aquellas horas y en aquellos tiempos no andaba nadie por las calles.

Sin embargo, era posible encontrar una ronda.

La calle de la Cigüeña estaba tan cerca de la casa del marqués de Castro-Ponce, como que por razon de vecindad habia trabado hacia muchos años el marqués conocimiento con el padre de Francisco, llegaron muy pronto sin haber encontrado á nadie.

Francisco llamó, y como por la manera de llamar le hubiese reconocido el viejo Simon, corrió á abrir la puerta.

—¡Ah, que sois vos! exclamó alegre y conmovido: y nos habian dicho á mí y á Rosalía que no os atreviais á venir á casa por no entristeceros... pero no venís solo...

—Cierra, cierra, mi viejo lobo marino, dijo Francisco, que habia entrado con Claudia mientras hablaba Simon, que, á causa de ser corto de vista, no habia reparado en el primer momento en la jóven.

—¡Calla! ¿y quién es este? dijo Simon reparando, al cerrar la puerta, en el criado del marqués: ¿éste se queda también aquí?

—Pues ya lo creo, contestó Francisco.

CASCABELITOS

Se ha publicado el tomo 5.º de los *Cuentos de salon*.

Contiene dos de Teodoro Guerrero, que se titulan: *El Vellochino de Oro* y *Fea y pobre*.

En nuestra Administracion se vende este tomo, como los anteriores, á 4 rs. en Madrid, y por 5 se envia á provincias.

Escuso hacer elogios de estos dos cuentos; el público que ha leído los anteriores del mismo autor, sabe que serán tan interesantes como ingeniosos.

A comprar este tomo y los anteriores.

Publicamos hoy, abusando acaso de la amabilidad del autor, otro de los artículos comprendidos en el precioso libro *La Nueva España*, artículo lleno de intencion y de oportunidad.

Agradará á nuestros lectores tanto como sabemos que les han agradado los anteriores.

SOLUCION DEL ACERTIJO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Segun dijo Muley Habas,

al derecho y al reves

lo mismo de fijo lees,

leyendo el nombre de *Sabas*.

La sociedad espiritista ha resuelto permitir á las señoras que asistan á sus sesiones.

¡Anda! ¡cómo si hubiera pocas mujeres locas!

Y subió con Claudia y entró con ella en la sala principal.

Todo estaba con un orden admirable.

Parecia que la casa estaba habitada por sus dueños.

El criado del marqués se habia quedado fuera.

—Señor, señor, dijo Simon, ese hombre que ha venido con vos tiene mala cara.

—Por lo mismo, dijo Francisco Estévan, hazle entrar.

Y asiendo de la mano á Claudia la llevó á un gabinete y la dijo:

—No tardaré: solo voy á hablar algunas palabras con ese hombre.

Y salió de nuevo á la sala.

En ella estaba ya rodeando en torno suyo una mirada recelosa el criado del marqués.

IX

Al ver la terrible mirada que fijaba en él Francisco Estévan, retrocedió.

—Quien ha hecho traicion á su amo por dinero, hará por dinero traicion á otro, dijo el jóven.

Aquel hombre, que era viejo y tenia muy mala catadura, de rufian y de asesino, se echó á temblar.

(Se continuará.)

Me gustaría á mí ver la cara que ponen los maestros de escuela cuando lean el discurso del Sr. Romero Ortiz, en que llamó *santa* á la revolucion que les ha humillado, escarnecido y muerto de hambre.

En el almanaque del año que viene se pondrá:

28 de Setiembre.—*Santa Gloriosa Revolucion de Setiembre*, fundadora, y cien mil puntos negros.—Cuarenta horas en Fornos.—Se sacan *apóstoles*.

Amigos de la prensa, me vais á hacer el favor de pedir que se devuelvan á las sepulturas de donde fueron extraídos los restos de los hombres célebres que están en San Francisco esperando los sepulcros prometidos, y que no se les darán nunca.

Lo digo, porque estamos en tiempos de *transferencias*.

Dijo el otro día en la Tertulia el Sr. Ruiz Zorrilla, que el porvenir es del partido radical.

¡Ca, hombre! el porvenir es de los cementerios, donde nos reuniremos todos.

El día 30 hubo comilona en Palacio.

Asistieron politiquillos de todos los colores revolucionarios.

—Atracaos ahora, hijos.

—Ya lo hacemos bien, dirán ellos.

Propongo que se le suba el sueldo á D. Amadeo, porque con tantas crisis y tantas juras de ministerio, tiene mucho trabajo.

Se le debe aumentar un par de reales siquiera.

¡Tan ciegos son los revolucionarios, que no ven que su frágil obra se desmorona visiblemente?

Pero el consuelo que deben tener es que ellos mismos son los que más hacen por destruirla.

¿Quién le habia de decir al famoso y ponderado señor duque de la Torre que llegaria á eclipsarle el señor de Moriones?

Y no hay más sino que así ha sucedido.

¿No estará arrepentido ya el primero de estos dos generales de haber hecho la funesta revolucion?

Si no lo está, digo á Vds. que es hombre de pecho.

Tambien este mes se da la paguita en Madrid á las clases activas y pasivas.

¿Quién habrá prestado el dinero?... porque lo que es el Tesoro debe estar dando las boqueadas.

Decia el otro día el señor Romero Ortiz, el que llama *santa* (¡ole!) á la revolucion, que el pueblo, si se le quita la cédula del sufragio universal, tomaria el fusil.

Pues mire V., los carlistas han tomado la cédula y el fusil.

Por lo demas, ya se ha visto lo que es el sufragio universal dirigido y manejado por sus encomiadores; una farsa ridícula y que cuesta buen dinero, por cierto.

Tambien le parece al Sr. Romero que la libertad de cultos es una cosa magnífica.

Sólo que aquí no nos ha servido para nada más que para que crezca el partido carlista y haya guerra civil.

Ya ven Vds. si es una cosa bonita.

Y para que peroren unos cuantos *pastores sin ganado*, y se haga protestante algun pobre diablo ó algun *guason*.

Sagasta no ha caido por gobernar mal, no, señor, sino por gusto, por delicadeza, y sobre todo para que vea el país que sin él no podemos vivir en España.

Nada, tendrá que llamarle otra vez el señorito para que nos salve.

Verdaderamente, ni los revolucionarios podian llegar á más, ni España á menos.

El Sr. Romera Ortiz habla ya como un radical de los más furiosos, y el otro día llamó *santa* á la revolucion de Setiembre.

—¡Canario con la *santa*! Es como si llamáramos mujer honrada á una de las que pasean por la noche por la Carrera de San Jerónimo.

En tiempo de la reina Isabel era menor que ahora la consignacion de gastos secretos del ministerio de la Gobernacion, y bastaba.

Ahora es mayor, y todavía se han aplicado á esos *gastos* dos milloncejos más.

¡Santa revolucion!

Caridad para dos enfermos que han salido del hospital, los cuales suplican un socorro para ponerse en camino á tomar los baños propinados por los médicos; no cuentan con más recursos que 68 rs. recogidos. El Sr. D. Salustiano Ramirez, teniente cura de San Millan, sigue recibiendo los socorros para ellos, en el despacho parroquial, iglesia de San Cayetano.

CUENTOS DE SALON.

Se han publicado los siguientes tomos:

Una perla en el fango, por T. Guerrero.

Brígida, por C. Frontaura.

La camelia y la mariposa y Una historia de lágrimas, por T. Guerrero.

La doncella del piso segundo, por C. Frontaura.

El Vellochino de oro y Fea y pobre, por T. Guerrero.

Cada tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Se venden en la administracion, plaza de Matute, número 2.

En la encuadernacion de Sobrino (Vergara, 10), se venden á 6 rs. los tomos encuadernados en tela inglesa fina.

MADRID:—1872

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).